

— ¿Y para qué doblarla así? preguntó el rey.

— Para poner á cubierto el encabezamiento y la firma; luego con un ácido cualquiera han podido borrar lo escrito y en lugar de lo que había, poner lo que hay.

— ¿Creéis que eso sea posible, Eminencia?

— Nada más fácil, y aun diré que eso explicaría perfectamente, señor, una carta de letra desconocida entre un encabezamiento y una salutación de letra del emperador.

— ¡Cardenal, cardenal! dijo el rey después de haber examinado la carta con atención, sois un hombre muy hábil.

— Y ahora, ¿qué opináis que debe hacerse? preguntó el rey.

— Dejadme el resto de la noche para pensar en ello, replicó el cardenal, y mañana volveremos á hablar.

— Mi querido Ruffo, dijo el rey, no olvidéis que si no os hago primer ministro, es porque no soy dueño de hacerlo.

— Estoy tan convencido de ello, señor, que no siéndolo, guardo á V. M. el mismo agradecimiento que si lo fuese.

Y saludando al rey con su respeto acostumbrado, el cardenal salió, dejando á S. M. absorto de admiración hacia él.

CAPÍTULO VI

Donde Vanni se acerca al objeto que ambicionaba tanto tiempo hacía

Seguramente se acordará el lector del encargo que el rey Fernando había hecho en una de sus cartas á la reina. Este encargo consistía en no dejar mucho tiempo en prisión á Nicolino Caracciolo dar prisa al marqués Vanni, procurador fiscal, para que instruyese lo más pronto posible su proceso. Esperamos que el lector no se habrá engañado sobre la intención del susodicho encargo y no lo habrá atribuido á filantropía. ¡No! el rey, lo mismo que la reina, tenía sus motivos de odio; recordaba que el elegante Nicolino Caracciolo, bajando del Pausilipo al golfo de Nápoles para obsequiar á Latouche-Tréville y á sus marinos, había sido uno de los primeros en romper la tradición abandonando los polvos, inmolando su coleta á las nuevas ideas y dejándose crecer las patillas,

y por último, que marchando siempre de los primeros por el mal camino, había tenido la insolencia de sustituir el pantalón al calzón corto.

Además, Nicolino, como el lector sabe, era hermano del gallardo duque de Rocca-Romana, quien, con razón ó sin ella, había pasado por ser el objeto de uno de esos numerosos y rápidos caprichos de la reina, no registrados por la historia, que desdeña semejantes nimiedades, pero mencionados por la crónica escandalosa de la corte que los ve; y como el rey no podía vengarse del duque que se había guardado muy bien de cambiar ni un solo botón de su traje, guardando por lo tanto las reglas más severas de la etiqueta, no le disgustaba descargar su saña sobre el hermano menor. Además, Nicolino Caracciolo estaba manchado, para él, con el pecado original, puesto que su madre era francesa, con lo cual el infeliz era francés, tanto por la opinión como por el nacimiento.

Ya hemos visto que las sospechas del rey, aunque vagas, no carecían de fundamento, puesto que Nicolino pertenecía á la gran conjuración que tenía por objeto llevar á Nápoles los franceses, para que con ellos entraran las luces, el progreso y la libertad.

Recuérdese ahora por qué conjunto de circuns-

tancias inesperadas había prestado Nicolino á Salvato armas y ropa, y cómo una carta de mujer, olvidada en un bolsillo y hallada por Pascuale, sirvió de brújula á la reina y á Actón para descubrir á quién iba dirigida y quién era el autor, y para encerrar á éste en el castillo de San Telmo.

San Telmo, que ha representado un papel tan principal en todas las revoluciones de Nápoles, y al que no le faltará el suyo en esta historia, está construído en la cumbre de una colina que domina á la antigua Partenope. Primitivamente no hubo más que una torre llamada Belforte, que Carlos de Anjou convirtió en castillo y cuyas fortificaciones se aumentaron cuando el sitio de Nápoles por Lautrec. En 1528 le convirtió Carlos V en una fortaleza regular. Como muchas otras fortalezas, construyóse para defensa de la ciudad y concluyó por ser su terror. Todo nuevo gobierno que desea popularizarse decreta la demolición de San Telmo, pero se guarda muy bien de llevarla á cabo.

No era ¡ gracias á Dios ! pereza ni negligencia la causa de que el marqués Vanni llevase con tanta lentitud el proceso de Nicolino, no; el marqués que, como buen procurador fiscal, no pedía sino culpables y que deseaba hallarlos aun donde no los

había, estaba lejos de merecer semejante reproche; pero era un hombre de conciencia en su género el tal marqués: siete años nada menos había hecho durar el proceso del príncipe de Tarsia y tres el de Médicis y el de los que él llamaba sus cómplices. Esta vez tenía un culpable y pruebas de su delito, y estaba además seguro de que no podía escaparse de las tres puertas que daban paso á su prisión y de los tres recintos de San Telmo. Un día, una semana, y aun un mes de más ó de menos, le importaba poco, estando seguro de obtener un resultado satisfactorio. Por otra parte, sabido es que pertenecía á la raza felina y que, como el gato y el tigre, se recreaba con su presa antes de devorarla.

El marqués Vanni se divertía, pues, jugueteando con Nicolino antes de cortarle la cabeza.

Preciso es decir, no obstante, que en el juego mortal en que luchaba, de un lado el hombre armado de la ley, del tormento y del cadalso, y del otro el hombre sin más armas que su valor, no ganaba siempre el que estaba mejor armado.

Después de cuatro interrogatorios sucesivos, cada uno de los cuales duró más de dos horas, Vanni no había adelantado gran cosa. El interrogador había llegado á saber el nombre, calidad y estado social de Nicolino, cosa que todo el mundo sabía

sin necesidad de tres semanas de sumario; pero el marqués Vanni, á pesar de su curiosidad, no pudo saber más.

Nicolino se había encerrado en este dilema: « ó soy culpable ó inocente; si lo primero, no soy tan tonto que haga declaraciones que me comprometan; si lo segundo, como nada sé, nada puedo confesar. » El resultado de este sistema de defensa, fué responder con preguntas á las preguntas de Vanni. Con el mayor interés le preguntaba si era casado, si su mujer era linda, si la amaba, si tenía hijos, cuántos años tenía, si tenía hermanos y hermanas, si vivía su padre, si su madre había muerto, cuánto le daba la reina por su empleo, si su título de marqués era transferible á su hijo mayor, si creía en Dios, en el infierno y en el paraíso, fundando todas sus divagaciones en las vivas simpatías que le inspiraba el marqués, y que, según decía, eran tan grandes como las que el marqués sentía por él, cosa que le autorizaba á hacerle preguntas parecidas á las que el marqués le hacía. De aquí resultó que al fin de cada interrogatorio el marqués estaba menos adelantado que al empezarlo. No habiéndose atrevido á hacer constar en el proceso todas las tonterías que le decía Nicolino, vióse obligado en la última entrevista á amenazarle con que le pondría

en el tormento si continuaba burlándose de la respetable diosa llamada Justicia. En efecto, el 9 de Diciembre se presentó con este piadoso objeto en el castillo de San Telmo, pocas horas después de la llegada del rey á Caserta, llegada que era ignorada en Nápoles.

Vanni, cuyo semblante no era comunmente alegre, estaba mucho más lúgubre aquel día.

Iba escoltado de maese Donato, el verdugo de Nápoles, y éste de dos de sus ayudantes. Y no hablamos del escribano que acompañaba constantemente á Vanni, en todas sus excursiones, como un apéndice indispensable. Su veneración por el fiscal era tan grande, que nunca en su presencia desplegaba los labios, y Nicolino decía de él que no era un hombre en carne y hueso, sino una sombra que Vanni había vestido de escribano, no por economizar al Estado el salario de un real, sino para que no le faltase nunca un secretario dispuesto á escribir sus interrogatorios.

Para la gran solemnidad del tormento, Vanni había dado orden á D. Roberto Brandi, gobernador del castillo, de que renovara todos los instrumentos que el tiempo y la falta de uso habían inutilizado, pues hacía sesenta años, desde el advenimiento de D. Carlos, que no se daba tormento á nadie. Don Ro-

berto Brandi, celoso servidor del rey, que tuvo dos años antes el disgusto de que se le escapara Héctor Caraffa, se apresuró á probar al rey su adhesión, cumpliendo las órdenes del fiscal; de suerte que cuando le anunciaron la llegada de este señor, le salió al encuentro con la sonrisa del orgullo satisfecho en los labios.

Condujo á Vanni á la sala preparada para atormentar á Nicolino, que estaba bien ajeno de pensar que el Estado había gastado setecientos ducados, de los cuales, según costumbre, se había embolsado la mitad el fiel gobernador del castillo, para quebrantarle los huesos.

Precedido de D. Roberto y seguido del escribano, del verdugo y de sus ayudantes, bajó Vanni á aquel museo del dolor, y así como un general antes del combate examina el campo y observa los accidentes del terreno, que espera aprovechar para ganar la victoria, estudió aquella colección de instrumentos, salidos casi todos de los arsenales eclesiásticos. Los archivos de la inquisición han probado que los hombres más ascéticos son los mejores inventores de esas máquinas destinadas á desgarrar las fibras más profundas y ocultas del corazón humano.

Todo estaba en un orden admirable y en estado de servir.

Dejando en aquella fúnebre sala, iluminada por hachones, á maese Donato y sus ayudantes, pasó á la habitación inmediata, separada por una verja de hierro de la sala del tormento, y cubierta con una sarga negra.

La luz, vista al través de esta cortina, facilitaba que se descubriera aquel terrible aparato, aunque con aspecto más sombrío.

Aquella sala era la del tribunal secreto, abandonada como el tormento hacía muchos años: el sol no entraba en ella. Sus muebles no eran muchos; una mesa cubierta de un tapete verde, sobre la cual había candeleros de cinco mecheros cada uno, papel y plumas.

Junto á la mesa había un sillón, y en frente el banquillo para el acusado. Al lado de esta mesa, que podía llamarse mesa de honor, había otra más pequeña destinada al escribano.

Detrás del sillón del juez había un gran crucifijo de madera, que parecía salido del rudo cincel de Miguel Ángel, y que así inspiraba terror al culpable como ánimo al inocente.

Una lámpara pendiente del techo iluminaba la terrible agonía del crucificado, que no parecía la de Jesús exhalando de sus labios la palabra « perdón », sino la de Barrabás lanzando una blasfemia en su último suspiro.

Vanni elogió, después de examinarla detenidamente, aquella lúgubre exposición, y prometió al digno comandante que informaría á la reina del celo que había desplegado en su servicio. Animado por el elogio de hombre tan competente, D. Roberto expresó tímidamente el deseo de que la reina visitase un día el castillo y viese la magnífica sala del tormento, más curiosa, según él, que el museo de Capodimonte. Pero á pesar del influjo que Vanni creía ejercer sobre S. M. no se atrevió á prometer esta real gracia al digno gobernador, quien, exhalando un suspiro, dióse por contento con la seguridad de que la reina sabría el trabajo que se había tomado y el gran resultado obtenido.

— Ahora, querido comandante, dijo Vanni, subid y mandadme al prisionero, sin hierros, pero con buena escolta. Espero que la vista de esta sala le hará pensar más cuerdamente de lo que ha pensado hasta ahora. Si deseáis ver cómo se da el tormento, no tenéis más que acompañar al preso. Persona tan inteligente como vos, sin duda aprenderá algo viendo la manera como yo dirijo esta operación.

Don Roberto se apresuró á manifestar su agradecimiento por tan señalado favor, y dijo que no lo desperdiciaría. Saludó profundamente y fué á cumplir las órdenes que había recibido.

CAPÍTULO VII

Ulises y Circe

Apenas salió el rey del comedor para ir á ver al cardenal Ruffo, cuando todos los presentes se apresuraron á marcharse á sus aposentos respectivos, como si él fuera el único lazo que los retenía.

El capitán de Cesare acompañó á las princesas desesperadas al ver que después de haber huído de París y Roma, arrojadas por la revolución, tendrían probablemente que escapar de Nápoles perseguidas por el mismo enemigo.

La reina dijo á sir William que, después de las noticias traídas por su esposo, tenía demasiada necesidad de una amiga para no retener á su lado á su querida Emma. Mandó Actón llamar á su secretario para encargarle que descubriese para qué y por quién había entrado el rey en su cámara. Ascoli, reinstalado en sus funciones de chambelán, siguió al rey para preguntarle si lo necesitaba. El

príncipe de Castelcicala pidió su coche y se apresuró á volver á Nápoles para velar por su seguridad y la de sus amigos, comprometidos por el triunfo de los jacobinos franceses, al que debía seguir naturalmente el de los jacobinos napolitanos. El embajador inglés subió á su aposento para redactar un despacho y mandarlo á su gobierno; y Nelsón, con la cabeza baja y absorto en sombríos pensamientos, entró en su cámara. La reina había tenido la delicada atención de escoger para Emma una alcoba cercana á la del almirante, donde dormía las noches que la retenía á su lado, excepto cuando prefería admitirla en su propia cámara y lecho.

También Nelsón, como sir William, tenía que escribir; pero una carta, no un despacho. Nelsón no mandaba en jefe en el Mediterráneo; estaba á las órdenes del conde de San Vicente, inferioridad que no le era muy sensible, porque el almirante le trataba más como amigo que como subordinado; la reciente victoria de Abukir le había colocado entre las más altas reputaciones de la marina inglesa.

Las cartas de Nelsón dirigidas al conde de San Vicente y publicadas después en Londres, revelan con todos sus pormenores los progresos de la insensata pasión que le inspiraba lady Hamilton, pasión

que debía hacerle olvidar sus deberes como almirante y como hombre. Estas cartas que pintan el desorden de su espíritu y la pasión de su corazón, serían su excusa ante la posteridad, si ésta, que desde hace dos mil años había condenado al amante de Cleopatra, pudiese anular sus juicios.

En cuanto entró en su habitación, preocupado por la catástrofe que debía turbar, no sólo los asuntos del reino, sino los de su corte, induciendo al almirantazgo inglés á tomar nuevas disposiciones respecto á la escuadra del Mediterráneo, se apresuró á escribir la siguiente carta:

AL LORD ALMIRANTE CONDE DE SAN VICENTE

« Querido milord :

» Las cosas han cambiado de aspecto desde mi última carta fechada en Liorna, y temo que S. M. Siciliana pierda uno de sus reinos, como no sean ambos.

» El general Mack, como yo temía y como creo haberos anunciado, no es más que un fanfarrón, que ha ganado su reputación de gran general no sé dónde, aunque de seguro no ha sido en los campos de batalla. Verdad es que tenía á sus

órdenes un ejército que valía poca cosa, pero ¿quién había de pensar que sesenta mil hombres se dejarían derrotar por diez mil? Los oficiales napolitanos tenían poco que perder; pero ese poco lo han perdido. »

Aquí llegaba Nelsón de su carta, y como se ve, el vencedor de Abukir trataba asaz duramente á los vencidos de Civita-Castellana, cuando oyó tras él un ruido semejante al que harían las alas de una mariposa volando de flor en flor.

Volvióse y vió á lady Hamilton.

Lanzó un grito de alegría.

Pero Emma, con encantadora sonrisa, acercó un dedo á su boca, y graciosa como la estatua del silencio feliz — ya se sabe que hay muchas clases de silencio — le hizo seña de que se callara.

Después, acercándose á su sillón, inclinóse sobre el respaldo, y le dijo á media voz :

— Seguidme, Horacio, nuestra querida reina os espera y quiere hablaros antes de volver á ver á su marido.

Nelsón lanzó un suspiro pensando en que algunas palabras venidas de Londres podrían alejarlo de aquella hechicera, cuyos gestos, palabras y caricias

eran nuevas cadenas que añadía á las que ya le ligaban á ella.

Levantóse penosamente, presa del vértigo que se apoderaba de él cuando, después de un momento de ausencia, veía á aquella deslumbradora hermosura.

— Conducidme, porque ya sabéis que cuando estáis á mi lado no tengo vista más que para vos.

Emma desató una banda de gasa que llevaba á la cabeza en forma de velo, y arrojándole una punta que él cogió al vuelo y que lleno de agitación llevó á sus labios, le dijo :

— Venid, mi querido Teseo ; he aquí el hilo del laberinto, aunque debáis abandonarme como á otra Ariadna. Sólo os advierto que si me sucediera esa desgracia, no me dejaría consolar por otro, aunque fuese un dios.

Y diciendo esto se puso en marcha y Nelsón la siguió, y aunque le hubiera conducido al infierno, la hubiera seguido.

— Aquí tenéis, mi amada reina, dijo Emma, al que es mi rey y mi esclavo.

La reina estaba sentada en un sofá, en el gabinete que separaba su alcoba y la de Emma ; una mal apagada llama brillaba en sus ojos, y era la de la cólera.

— Venid, Nelsón, defensor mío, dijo la reina, y sentaos junto á mí ; necesito la vista y el contacto de un héroe que me consuele de nuestra bajeza... ¿ Habéis visto, continuó sacudiendo desdeñosamente la cabeza, habéis visto á ese bufón coronado haciéndose el mensajero de su propia deshonra ? ¿ Lo habéis visto burlándose de su cobardía ? ¡ Ah ! ¡ Nelsón, Nelsón ! ¡ cuán triste es, siendo reina orgullosa y mujer valiente, tener por esposo un rey que no sabe sostener el cetro ni la espada !

Atrajo á Nelsón hacia sí, Emma se sentó á sus pies sobre unos cojines, y envolvió en el magnetismo de su mirada al que tenía misión de fascinar.

— La verdad es, señora, dijo Nelsón, que el rey es un gran filósofo.

La reina miró á Nelsón, frunciendo sus hermosas cejas.

— ¿ Calificáis seriamente con el nombre de filosofía, dijo la reina, semejante olvido de toda dignidad ? Se concibe que no tenga el genio de un rey, habiéndose educado como un *lazzaroni*. El genio es un plato que el cielo no prodiga. ¡ Pero no tener ni siquiera el corazón de un hombre ! A fe mía, Nelsón, que era Ascoli quien esta noche tenía, no sólo el traje, sino el corazón de un rey. El rey no era más que el lacayo de Ascoli : ¡ y cuando

pienso que si le hubieran echado mano esos jacobinos á quienes tiene tanto miedo, le hubiera dejado ahorcar, sin decir una palabra para salvarlo, no sé lo que me pasa! Ser hija de María Teresa y mujer de Fernando, debéis convenir que es uno de esos caprichos de la casualidad, capaces de hacer dudar de la Providencia!

— ¡ Bueno! dijo Emma. ¿ No veis que es un milagro de la Providencia, para que así seáis á un tiempo rey y reina? Más vale ser Semíramis que Artemisa, Isabel que María de Médicis.

— ¡ Ah! exclamó la reina sin escuchar á Emma. ¡ Si yo fuese hombre! ¡ Si yo pudiera empuñar una espada!

— Vuestra espada no valdría más que ésta, dijo Emma jugando con la de Nelsón; y puesto que ésta os protege, no necesitáis otra, gracias á Dios.

Nelsón puso su mano sobre la cabeza de Emma y miróla con la expresión de un amor infinito.

— ¡ Ay! querida Emma, dijo el almirante, Dios sabe que las palabras que voy á decir desgarran mi corazón. ¿ Creéis que al veros hace poco, cuando menos lo esperaba, hubiera suspirado sino estuviera también dominado por el terror?

— ¿ Vos? dijo Emma.

— ¡ Ah! adivino lo que va á decir, exclamó la

reina llevando el pañuelo á los ojos. Lloro, es verdad; pero son lágrimas de rabia...

— Sí, pero yo no adivino, dijo Emma; y lo que no adivino, es preciso que me lo expliquen. ¿ Qué entendéis por terror? Hablad; yo lo quiero.

Y echándole un brazo alrededor del cuello, levantóse graciosamente y le dió un beso en su frente mutilada.

— Emma, dijo Nelsón; creed que esta frente, radiante de orgullo al contacto de vuestros labios, se halla muy lejos de estar radiante de alegría; porque entreveo, para un próximo porvenir, grandes dolores.

— Yo no conozco más que uno en el mundo, dijo lady Hamilton, y sería estar separada de vos.

— Ya veis que adivináis.

— ¡ Separarnos! exclamó la joven con una expresión admirablemente representada: ¿ y quién podría separarnos ahora?

— ¡ Las órdenes del Almirantazgo, un capricho del ministro Pitt! ¿ no pueden enviarme á tomar la Martinica y la Trinidad, como me enviaron á Calvi, á Tenerife y á Abukir? En Calvi he dejado un ojo; en Tenerife un brazo; en Abukir la piel de la frente. Si me envían á la Martinica ó á la Trinidad, dejaré allí la cabeza y todo habrá concluido.

— ¿ Pero si recibieseis semejante orden, la obedeceríais?

— ¿ Qué habría de hacer, mi querida Emma?

— ¿ Obedeceríais la orden de dejarme?

— ¡ Emma, Emma! ¿ no veis que me estáis colocando entre mi deber y mi amor?... Eso es hacer de mí un traidor ó un desesperado.

— Pues bien, replicó Emma, doy por sentado que no podáis decir á S. M. Jorge III: « Señor, yo no puedo salir de Nápoles, porque amo como un loco á la esposa de vuestro embajador, quien por su parte me ama perdidamente; » pero pudierais muy bien decirle: « Rey mío, no quiero dejar á una reina de quien soy el único sostén, el único defensor; vosotros, testas coronadas, os debéis mutua protección y respondéis unos de otros á Dios que os ha elegido; » si no le decís esto, porque un súbdito no habla así á su rey, sir William, que tiene sobre un hermano de leche derechos que vos no tenéis, sir William, puede decirselo al rey.

— Nelson, dijo la reina; quizás soy harto egoísta, pero si no nos protegéis, estamos perdidos, y cuando se os presenta la cuestión bajo el punto de vista de un trono que sostener, de un reino que salvar, ¿ no so parece que toma mayores proporciones desde

que un hombre esforzado como vos arriesga algo para salvarnos?

— Tenéis razón, señora, respondió Nelson, yo veía sólo mi amor; y no es extraño: este amor es la estrella polar de mi alma. Vuestra Majestad me hace muy feliz mostrándome un noble sacrificio donde yo no veía más que una pasión. Esta noche misma escribiré á mi amigo el conde de San Vicente, ó por mejor decir, terminaré la carta que para él he comenzado. Le rogaré, le suplicaré con vivas instancias que me deje, ó lo que es mejor, que me destine á vuestro servicio; él lo comprenderá bien, y escribirá al Almirantazgo.

— Y sir William, dijo Emma, escribirá directamente al rey y á Mr. Pitt.

— ¿ Comprendéis, Nelson, continuó la reina, cuánta necesidad tenemos de vos y cuán inmensos servicios podéis prestarnos? Según todas las probabilidades, nos veremos obligados á salir de Nápoles, á emigrar.

— ¿ Creéis, pues, que las cosas está tan desesperadas?

La reina movió la cabeza con triste sonrisa.

— Me parece, continuó Nelson, que si el rey quisiera...

— Sería una desgracia que quisiese, Nelson, una

desgracia para mí; yo me entiendo. Los napolitanos me detestan: es una raza envidiosa de todo lo que es talento, belleza, valor; siempre encorvados bajo el yugo alemán, francés ó español; llaman extranjero, y odian y calumnian todo lo que no es napolitano; odian á Actón, porque ha nacido en Francia; odian á Emma, porque ha nacido en Inglaterra; me odian á mí, porque he nacido en Austria. Suponed que por un rasgo de valor, de que el rey no es capaz, reuniese los restos del ejército, y fuese á detener los franceses en los desfiladeros de los Abruzzos: los jacobinos de Nápoles, en completa libertad, se aprovecharían de la ausencia de las tropas y se sublevarían, renovándose aquí los horrores de Francia de 1792 y 1793. ¿Quién os dice que no me tratarán á mí como á María Antonieta, y á Emma como á la princesa Lamballe? El rey saldrá siempre bien, gracias á sus *lazzaroni* que le adoran; pero Actón, Emma y yo, mi querido Nelsón, estamos perdidos. Ahora bien, ¿no es un gran papel el que os ha reservado la Providencia, si llegáis á hacer por mí lo que Mirabeau, lo que Bouillé, lo que el rey de Suecia, lo que Barnavé, lo que Lafayette, lo que mis dos hermanos, en fin, dos emperadores, no han podido hacer por la reina de Francia?

— Esa sería una gloria harto grande, gloria eterna, señora, y á la cual no aspiro, dijo Nelsón.

— ¿Y luego, Nelsón, no podríais alegar que nuestra adhesión á Inglaterra es lo que nos ha comprometido? Si, fiel á los tratados con la República, el gobierno de las Dos Sicilias no os hubiera permitido tomar agua ni víveres ni reparar vuestras averías en Siracusa, habríais tenido que hacer rumbo á Gibraltar y no hubierais encontrado la escuadra francesa en Abukir.

— Es cierto, señora, y entonces yo estaba perdido sin remedio; un proceso infamante me aguardaba en lugar de un triunfo.

— Por último, ¿no han sido las fiestas que hemos celebrado en vuestro honor, lo que ha provocado esta guerra? No, Nelsón, la suerte del reino de las Dos Sicilias está unida á la vuestra, y vos estáis unido á la suerte de sus soberanos. La posteridad podrá decir: «Estaban abandonados de todos, de sus aliados, de sus amigos, de sus parientes; tenían al mundo contra ellos; pero tuvieron en su favor á Nelsón, y Nelsón los salvó.»

Y al pronunciar la reina estas palabras, tendió la mano hacia Nelsón; Nelsón cogió aquella mano, puso una rodilla en tierra y la besó.

— Señora, dijo Nelsón, dejándose alucinar con

las lisonjas de la reina, ¿ Vuestra Majestad me promete una cosa ?

— Tenéis el derecho de pedirlo todo á los que todo os lo deberán.

— Pues bien, os pido vuestra real palabra, señora, de que el día que salgáis de Nápoles, el buque de Nelson y no otro alguno será el que conduzca á Silicia vuestra persona sagrada.

— ¡ Oh ! eso os lo juro, Nelson, y añado que donde yo esté, mi única, mi eterna amiga, mi querida Emma Lyonna estará también.

Y con un movimiento más apasionado quizás de lo que aquella amistad permitía, por grande que fuese, la reina tomó entre sus dos manos la cabeza de Emma, la acercó vivamente á sus labios y la besó en los dos ojos.

— Os doy mi palabra, señora, dijo Nelson : á partir de este momento, vuestros amigos son mis amigos, y vuestros enemigos mis enemigos, y aunque tuviera que perderme salvándoos, os salvaré.

— ¡ Oh ! exclamó Emma, ¡ tú eres en efecto el caballero de los reyes y el campeón de los tronos ; tú eres tal como yo había soñado el hombre á quien debía dar todo mi cariño y mi corazón !

Y esta vez, no fué ya sobre la frente cicatrizada

del héroe, sino sobre los labios temblorosos del amante donde la moderna Circe aplicó sus labios.

En aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

— Entrad ahí, queridos amigos de mi corazón, dijo la reina, mostrándoles la alcoba de Emma ; es Actón que viene á darme una respuesta.

Nelson, ebrio con tantas alabanzas, ebrio de amor y de orgullo, arrastró á Emma á aquel aposento de perfumada atmósfera, cuya puerta pareció cerrarse por sí misma tras ellos.

En un segundo, el rostro de la reina mudó de expresión, como si se hubiese puesto ó quitado una careta ; su mirada se tornó dura, y con voz breve, pronunció esta sola palabra :

— Entrad.

Era Actón en efecto.

— Y bien, dijo, ¿ quién aguardaba á S. M. ?

— El cardenal Ruffo, respondió Actón.

— ¿ No sabéis nada de lo que han dicho ?

— No, señora ; pero sé lo que han hecho.

— ¿ Qué han hecho ?

— Han mandado á llamar á Ferrari.

— Ya me lo figuraba. Razón de más, Actón, para lo que vos sabéis.

— Á la primera ocasión quedará hecho. ¿ Vues-

tra Majestad no tiene otra cosa que mandarme?

— No, respondió la reina.

Actón saludó y salió.

La reina echó una mirada celosa á la habitación de Emma y entró silenciosamente en la suya.

CAPÍTULO VIII

El interrogatorio de Nicolino

Los pocos momentos que transcurrieron entre la salida del comandante D. Roberto Brandi y la entrada del preso, empleólos el procurador fiscal en vestirse sobre su traje de calle una toga de juez, en adornar su cabeza huesosa y prolongada con una enorme peluca que debía, según él, aumentar la majestad de su rostro, y en cubrir la peluca con un bonete cuadrado.

Empezó el escribano poniendo encima de la mesa, como piezas de convicción, las dos pistolas marcadas con una N y la carta de la marquesa de San Clemente; luego procedió á encajarse la misma vestimenta que su superior, guardando la proporción debida de rango y categoría, es decir, que se puso una toga más estrecha, una peluca menos grande y un bonete menos alto.

Después de lo cual, sentóse delante de su mesita.

El marqués de Vanni tomó asiento junto á la grande, y como era hombre de orden, arregló el papel que tenía delante de manera que una hoja no discrepase de otra, cercioróse de si tenía tinta el tintero, examinó el tajo de la pluma, le abrió los puntos con un cortaplumas, igualólos cortándolos encima de la uña, sacó del bolsillo una tabaquera de oro adornada con el retrato de Su Majestad, colocóla al alcance de su mano, no tanto para tomar del polvo que contenía cuanto para jugar con ella, con el aire indiferente del juez que juega tan distraídamente con la vida de un hombre como con su tabaquera, y aguardó á Nicolino Caracciolo en la postura que creyó más á propósito para producir efecto en el preso.

Desgraciadamente, Nicolino no era hombre que se dejara imponer por las posturas del marqués de Vanni. La puerta que se había cerrado detrás del comandante abrióse diez minutos después ante el preso, y Nicolino Caracciolo, vestido con una elegancia que no revelaba de ningún modo la estancia poco cómoda de la prisión, entró con la sonrisa en los labios y tarareando en voz baja el *Pria che spunti l'aurora* del *Matrimonio secreto*.

Iba acompañado de cuatro soldados y seguido del gobernador.

Quedáronse dos soldados en la puerta, y los

otros dos se adelantaron á derecha é izquierda del preso, el cual fué derecho al banquillo que le estaba preparado, miró antes de sentarse en torno suyo con la mayor atención, murmuró en francés las tres sílabas : *¡Tiens! ¡tiens! ¡tiens!* destinadas á expresar el lado cómico de su extrañeza, y dirigiéndose con la mayor cortesanía al procurador fiscal, le preguntó :

— ¿Acaso, señor marqués, habéis leído *Los misterios de Udolfo* ?

— ¿Qué son *Los misterios de Udolfo* ? preguntó Vanni, respondiendo á una pregunta con otra pregunta, como Nicolino tenía costumbre de hacerlo.

— Es una novela nueva de una señora inglesa llamada Ana Radcliffe.

— No leo novelas, ¿ lo entendéis, caballero ? respondió el juez con acento lleno de dignidad.

— Hacéis mal, señor, muy mal; hay algunas muy divertidas, y ya quisiera yo tener alguna que leer en mi calabozo, si hubiera claridad.

— Caballero, deseo que os hagáis cargo de esta verdad.

— ¿De cuál, señor marqués ?

— De que no estamos aquí para ocuparnos de novelas. Sentaos.

— Gracias, señor marqués; quería deciros sola-

mente que había en *Los misterios de Udolfo* la descripción de una estancia exactamente igual á ésta; en aquella sala era donde el capitán de los bandoleros celebraba sus sesiones.

Vanni llamó en su ayuda toda su dignidad.

— Espero, acusado, que esta vez...

Nicolino le interrumpió.

— En primer lugar, yo no me llamo acusado bien lo sabéis.

— No hay escala social ante la ley : vos estáis acusado.

— Lo acepto como verbo, pero no como sustantivo; vamos á ver, ¿de qué se me acusa?

— Se os acusa de conspiración contra el Estado.

— ¡Vamos! volvéis á dar en vuestra manía.

— Y vos en vuestra irreverencia contra la justicia.

— ¿Yo irreverente con la justicia? ¡Ah! señor marqués, me tomáis sin duda por otro. Gracias á Dios, nadie respeta y venera la justicia más que yo la respeto y venero. ¡La justicia! si esa es la palabra de Dios sobre la tierra. ¡Vamos, no! no llevo yo mi impiedad hasta ser irreverente con la justicia. ¡Ah! con los jueces ya es otra cosa, no digo que no.

— Vanni, impaciente, dió una patada en el suelo.

— ¿Estáis dispuesto á responder hoy á las preguntas que voy á haceros?

— Según sean esas preguntas.

— ¡Acusado!... exclamó Vanni con impaciencia.

— Otra vez, dijo Nicolino encogiéndose de hombros; pero vamos á ver, ¿qué trabajo os cuesta llamarme príncipe ó duque? Yo os llamo marqués, y de seguro que, aunque tengo apenas la tercera parte de vuestra edad, soy príncipe ó duque desde mucho antes que vos fueseis marqués.

— Está bien, basta de eso... ¿Vuestra edad?

Nicolino sacó del bolsillo un magnífico reloj.

— Veintiún años, tres meses, ocho días, cinco horas, siete minutos y treinta y dos segundos. Me parece que ahora no me acusaréis de falta de precisión.

— ¿Vuestro nombre?

— Nicolino Caracciolo como siempre.

— ¿Vuestro domicilio?

— Castillo de San Telmo, calabozo número 3, piso segundo debajo del entresuelo.

— No os pregunto dónde vivís ahora; os pregunto dónde vivíais cuando fuisteis preso.

— No vivía en ninguna parte, estaba en la calle.

— Está bien; poco importa vuestra respuesta; sabemos vuestro domicilio.

— Entonces os diré como Agamenón á Aquiles :
« ¿ Por qué preguntarlo, puesto que lo sabéis? »

— ¿ Formabais parte de la junta de conspiradores que se hallaba reunida, del 22 al 23 de Septiembre, en las ruinas del palacio de la reina Juana?

— No conozco en Nápoles ningún palacio de la reina Juana.

— ¿ No conocéis las ruinas del palacio de la reina Juana en el Pausilipo, casi enfrente de la casa que habitáis?

— Perdonad, señor marqués. Que un hombre del pueblo, un cochero de plaza, un cicerone y hasta un ministro de instrucción pública — ¡ Dios sabe de dónde salen los ministros de nuestra época! — cometan semejante error, se comprende; pero vos, un arqueólogo, equivocarse en arquitectura en dos siglos y medio y en historia en quinientos años, vamos, ¡ es imperdonable! Queréis decir las ruinas del palacio de Ana Caraffa, esposa del duque de Medina, el favorito de Felipe IV, que no murió ahogada como Juana I, ni envenenada como Juana II... — notad que yo no afirmo este hecho, que ha quedado dudoso, — sino comida de piojos como Sila y como Felipe II... Esto no puede tolerarse, señor Vanni, y si la cosa llegase á saberse, os tomarían por un verdadero marqués.

— Pues bien, en las ruinas del palacio de Ana Caraffa, si os place.

— Sí, me place; á mí me place siempre la verdad; yo soy de la escuela del filósofo de Ginebra, y tengo por divisa : *Vitam impendere vero*. ¡ Vamos! ahora hablo yo latín para que me tomen por duque fingido.

— ¿ Estabais en las ruinas del palacio de Ana Caraffa en la noche del 22 al 23 de Septiembre? ¡ Responded, sí ó no! insistió Vanni furioso.

— ¿ Á qué diablos había de ir yo á buscar allí? ¿ No os acordáis, pues, del tiempo que hacía la noche del 22 al 23 de Septiembre?

— Yo voy á deciros lo que ibais á hacer allí; ibais á conspirar.

— ¡ Qué disparate! ¡ yo no conspiro nunca cuando llueve! bastante fastidioso es ya cuando hace buen tiempo.

— ¿ Prestasteis aquella noche á alguien vuestro gabán?

— ¡ No soy tan tonto que en semejante noche, cuando llovía á cántaros, fuese á prestar mi gabán! Al contrario, si hubiese tenido dos, me hubiera puesto uno encima de otro.

— ¿ Conocéis estas pistolas?

— Si las conociese, os diría que me las han

robado; y como vuestra policía está tan mal montada, no hallaríais al ladrón, lo que sería humillante para vuestra policía; así pues, como yo no quiero humillar á nadie, no conozco esas pistolas.

— Están, sin embargo, marcadas con una N.

— ¿No hay en Nápoles nadie más que yo cuyo nombre empiece con una N?

— ¿Conocéis esta carta?

Y Vanni mostró al preso la carta de la marquesa de San Clemente.

— Perdonad, señor marqués, pero sería menester que yo la viese más de cerca.

— Acercaos.

— Nicolino miró alternativamente á los dos soldados que se mantenían á su derecha y á su izquierda.

Ambos soldados se apartaron; Nicolino se acercó á la mesa, tomó la carta y la miró.

— ¡Vaya, vaya! ¡preguntarle á un caballero si conoce una carta de mujer! ¡Oh! ¡señor marqués!

Y acercando tranquilamente la carta á uno de los candeleros, la prendió fuego.

Vanni se levantó furioso.

— ¿Qué hacéis? exclamó.

— Ya lo veis, la quemó: se deben quemar siempre

las cartas de mujer, ó sino, las pobres criaturas están comprometidas.

— ¡Soldados!... gritó Vanni.

— No os incomodéis, dijo Nicolino soplando las cenizas sobre el rostro de Vanni, ya está hecho.

Y fué tranquilamente á sentarse en el banquillo.

— Está bien, dijo Vanni, veremos á ver quién ríe el último.

— Yo no me he reído, señor, dijo Nicolino con altanerfa; hablo y obro como hombre honrado, y nada más.

Vanni exhaló una especie de rugido; pero sin duda no había concluído las preguntas, pues calmóse al parecer, aunque sacudiendo furiosamente la tabaquera contra la mesa.

— ¿Sois sobrino de Francisco Caracciolo? dijo Vanni.

— Tengo ese honor, señor marqués, respondió Nicolino inclinándose.

— ¿Le veis con frecuencia?

— Cuanto puedo.

— ¿Sabéis que está contaminado de los malos principios?

— Sé que es el hombre más honrado de Nápoles y el más fiel vasallo de S. M., incluso vos, señor marqués.

— ¿ Habéis oído decir si ha tenido relaciones con los republicanos ?

— Sí, en Tolón, donde combatió tan gloriosamente que ganó en diferentes combates el grado de almirante.

— Vamos, dijo Vanni como si tomara repentinamente una resolución, veo que no hablaréis.

— ¡ Cómo ! ¿ os parece que no hablo, cuando yo me lo digo casi todo ?

— Digo que no os arrancaremos ninguna confesión por la dulzura.

— Ni por la fuerza, os lo advierto.

— Nicolino Caracciolo, no sabéis hasta dónde llegan mis poderes de juez.

— No, porque no sé hasta dónde puede llegar la tiranía de un rey.

— Os advierto que me veré obligado á daros tormento.

— Dádmelo, marqués, dádmelo ; eso me distraerá un momento ; se aburre uno tanto en la cárcel.

Y Nicolino Caracciolo se esperezó y dió un bostezo.

— Maese Donato, exclamó el fiscal, enseñad al acusado la sala del tormento.

Maese Donato tiró de un cordón y se descorrieron las cortinas. Nicolino vió al verdugo, con sus ayu-

dantes y los formidables instrumentos que lo rodeaban.

— ¡ Calla ! he aquí una colección que me parece bastante curiosa ; ¿ puede verse de más cerca ?

— Pronto os quejaréis de verla demasiado cerca, desdichado pecador endurecido.

— Os equivocáis, marqués, respondió Nicolino moviendo su hermosa y noble cabeza. Yo no me quejo nunca ; me contento con despreciar.

Abrióse la verja y Donato se acercó al prisionero.

— ¿ Sois cicerone ? preguntó el joven.

— Soy el verdugo, respondió Donato.

— Marqués Vanni, dijo Nicolino palideciendo un poco, aunque sonriendo y sin dar otra muestra de emoción ; presentadme á este caballero. Según las leyes de la etiqueta inglesa, no tiene derecho á hablarme ni á tocarme, si antes no le he sido presentado, y ya sabéis que vivimos bajo el imperio de las leyes inglesas, desde la entrada en la corte de la embajadora de Inglaterra.

— ¡ Al tormento, al tormento ! gritó Vanni.

— Marqués, dijo Nicolino, con vuestra precipitación os priváis de un gran placer.

— ¿ De cuál ?

— De explicarme vos mismo el uso de estas ingeniosas máquinas. ¿ Quién sabe si esta explicación

bastará para vencer lo que llamáis mi obstinación?

— Tienes razón; aunque esto no sea más que un medio de retardar la hora que temes.

— ¿Queréis ponerme en el tormento ahora mismo? dijo Nicolino mirando fijamente á Vanni; á mí lo mismo me da.

Vanni bajó los ojos.

— No, replicó: no se dirá de mí que negué al acusado el plazo que me pidiera, por culpable que sea.

En efecto, Vanni comprendió que podía disfrutar el placer de una sombría venganza explicando á su víctima los instrumentos con que iba á destrozar sus miembros, aumentando con un tormento moral los dolores del físico.

— ¡ Ah ! dijo Nicolino, ya sabía yo que se conseguía todo de vos por la razón. Empecemos, pues, si gustáis, señor procurador fiscal, por esta cuerda pendiente del techo por una polea.

— Por ella se empieza en efecto.

— ¡ Qué casualidad ! ¿ y para qué sirve ?

— Se llama la estrapada, amigo mío.

Nicolino saludó.

— Se ata al paciente con las manos á la espalda; se amarran á los pies pesos más ó menos grandes; se le suspende por esta cuerda del techo, y se le deja caer con violencia repetidas veces.

— Debe ser un medio eficaz para hacer crecer la gente... ¿ Cómo se aplica este casco colgado de la pared ?

— Es la cofia del silencio, propiamente llamada así, porque el que la lleva puede gritar menos cuanto más sufre. Apretando este tornillo, el casco se estrecha, de manera que á la tercera vuelta, los ojos salen de las órbitas y la lengua de la boca.

— Si eso sucede á la tercera, ¿ qué será á la sexta? dijo Nicolino con el mismo tono bufón. ¿ Y para qué sirve este sillón de hierro claveteado con una especie de brasero debajo ?

— Vais á verlo. Se sienta en él al paciente, se le amarra bien á los brazos del sillón y se enciende el fuego.

— Es menos cómodo que las parrillas de San Lorenzo, porque no se puede volver. ¿ Y estas cuñas, este mazo y estas planchas ?

— Es el tormento de los borcegués. Se meten entre cuatros planchas las piernas del paciente; se las sujeta con una cuerda y con las cuñas se aprietan las planchas de en medio.

— ¿ Y por qué no meter las cuñas entre la tibia y el peroné ? Sería mucho más breve... ¿ Y este caballo rodeado de escalfadores ?

— Eso es para dar el tormento del agua; se

acuesta al paciente sobre el caballete de manera que tenga la cabeza y los pies más bajos que el estómago y se le hacen tragar hasta diez ó doce cuartillos de agua.

— Dudo mucho que los brindis que se echen de este modo á vuestra salud, os hagan provecho, marqués.

— ¿Queréis continuar?

— No, á fe mía, esto me inspira demasiado desprecio hacia los inventores de todas esas máquinas, y sobre todo hacia los que las emplean. Decididamente, más prefiero ser acusado que juez, paciente que verdugo.

— ¿Os negáis á confesar?

— Más que nunca.

— Reflexionad que ha pasado ya la hora de las burlas.

— ¿Por qué tormento queréis commenzar, señor marqués?

— Por la estrapada, respondió Vanni exasperado al ver aquella sangre fría. Ejecutor, desnudad al señor.

— ¡Perdonad! si me lo permitís, me desnudaré yo mismo; soy muy cosquilloso.

Y con grandísima tranquilidad, Nicolino se quitó la casaca, el chaleco y la camisa, dejando al aire

un tronco juvenil y blanco, algo flaco quizás, pero de forma perfecta.

— Por última vez, ¿no queréis confesar? exclamó Vanni sacudiendo desesperadamente su tabaquera.

— ¡Quitad allá! respondió Nicolino, ¿acaso un caballero tiene dos palabras? Es verdad, añadió desdeñosamente, que vos no podéis saber eso.

— Atadle las manos, atadle las manos á la espalda, exclamó Vanni; ponedle un peso de cien libras en cada pie y levantadle hasta el techo.

Los aduyantes del verdugo se precipitaron sobre Nicolino para ejecutar la orden del fiscal.

— ¡Un momento, un momento! exclamó maese Donato, mucho cuidado, muchas precauciones, á fin de que esto dure bastante tiempo; es preciso dislocar, pero no romper, porque es *carne* aristocrática.

Y él mismo, con toda clase de miramientos y precauciones, según había dicho, le ató las manos á la espalda mientras que los dos ayudantes le colocaban los pesos en los pies.

— ¿No quieres confesar? ¿no quieres confesar? exclamó Vanni acercándose á Nicolino.

— Sí, por cierto; acercaos más, dijo Nicolino.

Vanni se acercó; Nicolino le escupió en la cara.

— ¡Sangre de Cristo! gritó Vanni, ¡izad, izad!

El verdugo y sus ayudantes se disponían á obedecer cuando el comandante Roberto Brandi, acercándose vivamente al fiscal, le dijo :

— Un billete urgentísimo del príncipe de Castalcicala.

Vanni tomó el billete haciendo seña á los ejecutores que aguardasen á que hubiese leído.

Abrió el billete; pero apenas lo hubo recorrido con la mirada, cuando una palidez lívida cubrió su rostro.

Leyólo segunda vez y se puso más pálido todavía.

Luego, después de un momento de silencio, pasándose el pañuelo por la frente inundada de sudor, dijo :

— Desatad al paciente y volvedle á la prisión.

— ¿Pero y el tormento? preguntó maese Donato.

— Será para otro día, respondió Vanni.

Y lanzóse fuera de la sala, sin dar siquiera á su escribano la orden de seguirle.

— ¿Y vuestra sombra, señor fiscal? le preguntó Nicolino. ¡Os olvidáis de vuestra sombra!

Desataron á Nicolino, que se volvió á poner la camisa, el chaleco y la casaca con la misma calma con que se las había quitado.

— ¡Diablo de oficio, exclamó maese Donato, nunca está uno seguro de nada!

Nicolino pareció conmovido de aquella contrariedad del verdugo.

— ¿Cuánto ganáis cada año, amigo mío? le preguntó.

— Tengo cuatrocientos ducados de sueldo fijo, Excelencia, diez ducados por cada ejecución y cuatro ducados por cada tormento; pero hace más de tres años que por la obstinación del tribunal no se ha ejecutado á nadie, y ya lo veis, en el momento en que iba á daros tormento, ¡contraorden! Más cuenta me tendría presentar la dimisión de mi empleo de verdugo y ponerme á esbirro, como mi amigo Pascuale de Simone.

— Tomad, amigo, dijo Nicolino sacando del bolsillo tres monedas de oro, me habéis enternecido; aquí tenéis doce ducados; no quiero que se diga que os habéis molestado sin provecho.

Maese Donato y sus dos ayudantes hicieron sendas reverencias.

Entonces Nicolino, volviéndose hacia Roberto Brandi, que no comprendió nada de lo que estaba pasando, díjole :

— ¿No habéis entendido, comandante? El señor procurador fiscal os ha mandado que me conduzcáis á mi calabozo.

Y poniéndose en medio de los soldados que le

habían conducido, salió de la sala del interrogatorio y volvió al calabozo.

Quizás el lector aguarda ahora la explicación de la mudanza que se operó en la fisonomía del marqués de Vanni al leer el billete del príncipe de Castelcicala, y de la determinación tomada respecto al preso.

La explicación será muy sencilla; consistirá en poner á la vista del lector el texto mismo del billete; helo aquí :

« El rey acaba de llegar. El ejército napolitano ha sido derrotado ; los franceses estarán aquí dentro de quince días.

» C. »

Así pues, el marqués Vanni había reflexionado que en el momento en que los franceses iban á entrar en Nápoles, no era oportuno dar tormento á un preso, cuyo único delito era ser partidario de los franceses.

En cuanto á Nicolino, entró en el calabozo número 3, segundo piso, debajo del entresuelo, como él decía, sin saber á qué dichosa casualidad era deudor de haberse librado á tan poca costa.

CAPÍTULO IX

El abad Pronio

Poco más ó menos á la misma hora en que el procurador fiscal Vanni mandaba volver á Nicolino á su calabozo, el cardenal Ruffo, para cumplir la promesa que había hecho al rey, se presentaba á la puerta de sus aposentos.

Estaba dada la orden de recibirle, y llegó sin ningún impedimento hasta la cámara del rey.

Conversaba con el rey un hombre de unos cuarenta años, en quien se podía reconocer á un abad por la imperceptible tonsura que desaparecía en medio de un bosque de negros cabellos. Era, por lo demás, notablemente fornido, y parecía más á propósito para llevar el uniforme de carabinero que los hábitos sacerdotales.

Ruffo dió un paso atrás.

— Perdonad, señor, dijo ; creí hallar á V. M. solo.